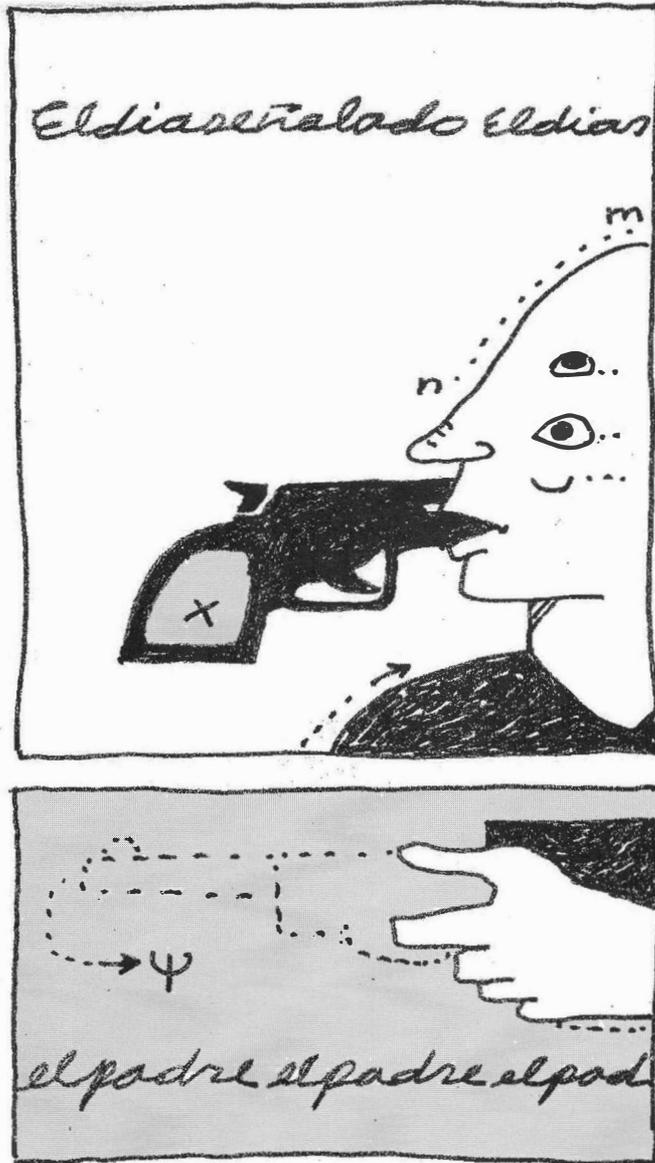


El padre, un encuentro en El día señalado



Óscar Alfredo Muñiz Gil*

* Óscar Alfredo Muñiz es un psicólogo de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina), especializado en Psicología Clínica con énfasis en salud mental de la Universidad Pontificia Bolivariana. En la UPB es profesor titular, coordinador del área de Investigación y del grupo de investigación en Psicología «Sujeto, sociedad y trabajo» de la Facultad de Psicología, con experiencia en los temas de Psicopatología, Investigación y Psicoanálisis.

El padre, un encuentro en El día señalado

Óscar Alfredo Muñiz Gil

*«Un psicoanálisis es encontrar el momento y el lugar donde se produce un encuentro que nos ha moldeado de la misma forma como lo hemos moldeado; un encuentro con el que nos enfrentamos a todo lo largo de nuestra vida... y este encuentro es primero con el padre»***

Introducción

Advierte Óscar Massota, en el prólogo sobre el texto de La Familia, de J. Lacan, que: «La función del padre no puede ser confundida con la fuerza de la amenaza paterna»¹. No puede «ser confundida con la fuerza de la amenaza» porque, necesariamente, un padre es aquel que vincula al sujeto a la Ley por la vía de la culpa, sin necesidad de contar con su presencia.

El psicoanálisis enseña que con el complejo paterno el sujeto entra a la estructura edípica, en donde hace una elección que lo implica en una

posición subjetiva. En el Edipo el padre reclama la educación de la pulsión.

Freud en su texto «Los dos principios del suceder psíquico», escrito en 1911, plantea la hipótesis sobre dos tipos de pulsiones, unas ligadas a la supervivencia del individuo denominadas pulsiones del yo o de autoconservación, las otras son las pulsiones ligadas a la supervivencia de la especie, denominadas pulsiones sexuales.

Las primeras se caracterizan por ser educables por la realidad, ya que si una persona siente el empuje pulsional de una necesidad, solo se extingue este impulso si se recurre al objeto de satisfacción adecuado, a la fuente que le dio origen. Otra de las características de estas pulsiones es que el objeto de la satisfacción se encuentra en la realidad exterior. Esto trae como consecuencia la educación de la pulsión, ya que si el individuo no responde al impulso buscando en el mundo exterior el objeto

** LAPEYRE, Michel. El más allá del Edipo, (1999): en: TRAZOS: Lazo social y el síntoma. Vol. 2, p. 93
1 MASSOTA, Oscar. En el prólogo del texto de Lacan sobre La Familia escrito en 1938.

adecuado para satisfacerlo, el individuo muere. El ejemplo más palpable es el impulso hacia el objeto que produce el hambre.

La segunda por satisfacerse desde el principio autoeróticamente para su satisfacción no necesitan un objeto del mundo exterior y no depende de éste la supervivencia del individuo. Estas pulsiones se pueden satisfacer con cualquier objeto y lo que buscan es la reproducción del placer. En ese sentido la realidad no las educa, tal como lo muestra el chupeteo del niño prolongando la satisfacción alcanzada en el amamantamiento y, haciéndolo, con cualquier objeto. O la masturbación del púber que se satisface autoeróticamente, imaginando una escena sexual, sin necesidad de recurrir a un objeto exterior determinado.

Son estas pulsiones, no educables por la realidad, las que son tratadas por la estructura del Edipo, haciendo posible que el sujeto pueda arreglárselas con ellas y hacer lazo social².

Freud en ese texto dice que primero son los padres los que tratan de educar la pulsión, luego le suceden en ese lugar los maestros y todas las personas de autoridad que puedan ubicarse en ese lugar del educador en la cultura, es por eso que decíamos que es en el Edipo en que el padre reclama la educación de la pulsión, pero, tal como lo afirma Lapeyre: «Aún suprimida, gracias al Edipo, la pulsión no puede ser domada: ella permanece activa, sigue trabajando en silencio; su empuje persiste como estrago, a fin de cuentas uno puede escoger: hay que tener en cuenta la pulsión»³. Lo que este autor nos enseña es que no es suficiente con una posición defensiva frente a ella, el desgaste es inútil, eso retorna.

Por esto la propuesta del psicoanálisis enunciada por Michel Lapeyre es: «devolver a un ser humano la responsabilidad de su posición. Es decir, hacerle conocer su relación con la pulsión; lo que significa volverlo capaz de cumplir con sus deberes frente a la pulsión, sin aceptar ahora permanecer constantemente en su posición defensiva»⁴.

El Edipo es normativo, reduce la pulsión a las leyes de la cultura a la cual el sujeto se sujeta, pero no todo puede ser normativizado, siempre por condición de estructura determinado por malos encuentros, hay algo del goce que no pasa por la norma. Este rasgo de libertad no se expresa del lado del sujeto como tal, ya que en ese lugar surge la dominación del super yo que es obscena y feroz. Por eso la salida que propone Michel Lapeyre es: «Pasar del sujetamiento a la subjetivación, del sometimiento frente al padre ideal, a la responsabilidad frente a la posición subjetiva»⁵.

Entonces, si bien podremos ver cómo ciertos encuentros determinan en la estructura el condicionamiento de la existencia del sujeto y su posición subjetiva, se llama al sujeto a que se responsabilice de esa posición, entendiendo que: «Lo que define la responsabilidad es la respuesta. Responsabilidad es la posibilidad de responder»⁶.

El Caso

La novela «El día señalado» comienza revelando y anticipando una versión del padre.

«Los brazos de la cruz señalan este letrero: José Miguel Pérez. diciembre de 1936 - enero 1960. Entre las dos fechas hubo una vida sin importancia. Nació porque un hombre dijo a una mujer que lavaba ropa en el río:

—¿Te irías conmigo a cualquier parte?

Y porque la mujer bajó los ojos jugando nerviosa con los dedos. Su resistencia fue apenas una invitación a que el otro la venciera»⁷.

Una mujer que quedó sola educando a su hijo porque el «forastero que la invitara años atrás no volvió»⁸.

Dos fechas, una vida sin importancia, pero entre ellas, se conjugan la paternidad y la violencia. La paternidad reducida a la resistencia de una mujer y a lo que ella pudo haber transmitido de ese padre, y la violencia, que truncó su vida animada por su único deseo causado por el objeto del que fue despojado por un puro capricho de la llamada autoridad legítimamente constituida.

2 FREUD, Sigmund, (1976): Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico, Buenos Aires, Amorrortu editores, V. 12, pp. 217-233.

3 LAPEYRE, Michel, ob. cit., p. 86

4 Ibid. p. 86

5 Ibid. p. 93

6 MILLEUR, J. A. Patología de la ética, (1991): en: Lógica de la vida amorosa. Ed. Manantial, Bs As. p 71

7 MEJÍA VALLEJO, Manuel, (2000): El día señalado. Medellín: Biblioteca Pública Piloto, Décima octava edición, enero, p. 23.

8 Ibid. p. 23

Relación entre violencia y paternidad es el tema central que no podemos eludir en este intento de caracterización del padre en la novela de Manuel Mejía Vallejo «El día señalado». Para llevar a cabo tal tarea nos apoyaremos en el trabajo ya realizado sobre una lectura crítica de la obra que hacen Luis Iván Bedoya y Augusto Escobar. Caracterización de la figura del padre, la relación a la mujer y algunos ideales y valores propios de la época de la «Violencia en Colombia» serán elementos que contribuyan a la comprensión de nuestro presente.

Un presente diferenciado por la caída del padre como regulador del lazo social⁹, el padre y su declive en la sociedad contemporánea como producto del discurso imperante y ordenador del lazo social. Lazo social que se regula en la copulación del discurso de la ciencia y el capitalismo que ataca todo vínculo, dejando como única salida la relación al objeto de producción¹⁰.

Al padre lo encontramos representado en dos personajes centrales en la novela, el uno, el clásico gamonal del pueblo encarnado en el personaje de Heraclio Chútez, quien rodeado de la complicidad del alcalde, del sargento Mataya y de un grupo de matones ilegítimamente manejan el poder a su capricho y antojo, utilizando métodos que apuntan a la generación del terror.

En nombre de la legítima autoridad hacen uso y abuso del poder. Por eso se presentan ante el cura diciendo que «era necesario ser implacables con los asesinos, que la autoridad legítimamente constituida...» y luego, en el diálogo, Heraclio dice, hablando de los guerrilleros: «Están fuera de la Ley. Capturarlo es nuestra obligación», a lo que responde el padre Barrios, «¿Por qué suya, don Heraclio?», «colaboro en el mantenimiento del orden», responde Heraclio. Ya esto el padre Barrios le recuerda que hay orden en el cementerio y que visitó la tumba de José Miguel, a quien

mataron las fuerzas del orden injustamente, después de robarle el caballo.

Heraclio Chútez, el padre, quien abandonó a su hijo a muy temprana edad dejando una profunda marca de dolor en la madre, que se refleja claramente en la siguiente reflexión del hijo vengador: «Nunca la ausencia de aquel hombre dejó de llenar el rancho, nunca una alegría sin mancha llegó a nuestra mesa gris»¹¹.

Un padre terrible que se sobrepone a la Ley, representado en el gamonal del pueblo, institución típica en el ordenamiento social de la época de la violencia, Heraclio Chútez quien, según Luis Iván Bedoya y Augusto Escobar, «reúne en sí el poder político y el poder económico, basado en la intimidación violenta. Además logra controlar a las autoridades civiles: el alcalde y las fuerzas del orden: el sargento Mataya y sus soldados»¹². Para quien el terror fue el arma para dominar la población. «Entonces supimos que don Heraclio

Chútez era el jefe. Y cuando el cuerpo de Juancho Lopera colgó de la rama del tamarindo, al cuello el ojal de alambre de púas y nadie trató de teparle el camino»¹³. El jefe, una de las formas del padre, quien se acompañaba de la extorsión por bandas de matones y el silencio cómplice del alcalde para llevar a cabo los despojos de todo orden.

La falta de moral no sólo fue incorporada como método para adquirir las tierras a bajo precio, sino que también para abusar de la esposa del alcalde que pasivamente soporta la ofensa.

La violencia intimidatoria y la usurpación de tierras a los campesinos le permitió acumulación de riqueza y poder, pero a costa de un cuestionamiento moral que, al ser confrontado por el padre Barrios, quien reclama por los derechos de los campesinos sin protección que han sido despojados de las pertenencias de las montañas, don Heraclio responde:

«-Pagué por sus propiedades».



9 Colette Soler

10 MUÑOZ, O. A., DASUKY, A. S., ORTEGA, J., (2004): El discurso del capitalismo y de la ciencia en las nuevas formas del conflicto, Primer Congreso Nacional de Ciencias Sociales y Humanas, Dirección, Acción y Prevención del Conflicto Siglo XXI, Corporación colombiana de ciencias sociales y humanas, CSH. Universidad de Antioquia, mayo, Medellín, Colombia.

11 MEJÍA VALLEJO, Manuel, ob. cit. p 46

12 BEDOYA, Luis Iván y ESCOBAR, Augusto, (1981): La novela de la violencia en Colombia. El día señalado, de Manuel Mejía Vallejo, lectura crítica, Editorial Hombre Nuevo, Medellín, p. 29.

13 MEJÍA VALLEJO, Manuel, ob. cit.

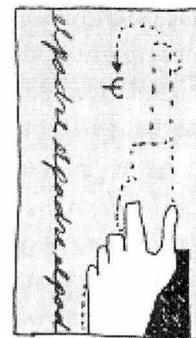
->El precio que le impuso», dijo el cura.
 - «Nadie más les habría comprado», responde Heraclio.
 - «Porque ustedes manejan la violencia», replica el cura»¹⁴.

El gamonal es un antecedente de mafioso que se sostiene en todas las formas de abusos, con la complicidad de las autoridades y apoyado en una banda de matones que se ocupa de unos de los negocios históricos de la mafia: la venta de protección.

- «Lo que ocurrió, por ejemplo, al dueño de la cabaña», dicen los matones.
 - «Lamentable».
 - «No quisimos dar las cuotas, no pudimos protegerlo».
 - «Hirieron a su mujer».
 - «Pero logró salvar dos taburetes y un molinillo de maíz».
 «Algo es algo».
 - «Si en otro incendio no los pierde».
 - «Tal vez podamos protegerla ahora».
 - «Y ¿Cuál es la cuota de esta semana?»
 - «Cincuenta».
 ... «Cada rato vuelven los pandilleros a pedir cuota».
 - «¿Cuotas para qué?»
 - «Dizque para el mantenimiento del orden, para acabar con los enemigos del gobierno, para... Si no les damos dinero y licor hacen las del diablo».
 ->¿Y el alcalde lo sigue permitiendo?»
 - «Padre Berrios, ¿Todavía no sabe qué cosa es la autoridad en nuestro pueblito?»¹⁵.

La autoridad ilegítima en manos del gamonal y el alcalde, totalmente debilitado, representando una autoridad legítima totalmente deslegitimizada por la evidente permisividad frente a los abusos del gamonal y su pandilla. A esta situación se le suma una tradición que es representada en la figura de la gallera y los gallos, que hace del pueblo «un pueblo de hombres 'guapos' en donde la violencia se toma como alma y destino de la vida»¹⁶.

Fatalidad y terror de un pueblo y la rabia de una mujer burlada están asociadas a la violencia desatada en la imagen de la campesina a quien le abren el vientre con un machete, le sacan el hijo y le meten un gallo vivo. Se recuerda así: «... le abrieron



el vientre con un machete, le sacaron el hijo. El hijo se retorcía en el polvo {...} Le metieron en el vientre un gallo vivo dejándole fuera la cabeza, y cosieron el tajo del vientre con una cabuya ensartada en una aguja de arriero. {...} El gallo estiraba el pescuezo a todos los lados mientras la mujer se retorcía cuando el gallo le clavaba las garras y las espuelas, bregando por salir...».

Por eso coincidimos con el comentado de Luis Bedoya cuando dice que: «No se trata solo de ver, por ejemplo, en la riña de gallos y en la violencia de los galleros una mera alegoría de la violencia social, política y económica, sino que hay que leerlas como elementos en juego en el destino de las personas»¹⁷. Es evidente que en el deseo de venganza del hijo extranjero «la fuerza de 'los machos' y la tradición de los gallos están ligadas en su rabia y en su violencia desatada»¹⁸.

La identificación al padre está presente desde el comienzo en el relato, y la rivalidad y competencia imaginaria son su testimonio y su límite, dando cuenta también de la falla de la función paterna que es simbólica.

De la rivalidad se expresa magistralmente en el capítulo dos de la novela: «En Tambo se reunirán los mejores galleros.

-En Tambo lo encontrará.

A veces trataba de olvidar que buscaba a un hombre para matarlo. Sin embargo, seguía de pueblo en pueblo, de hacienda en hacienda, con un odio que ya me cansaba los ojos.

14 MEJÍA VALLEJO, Manuel, op. cit.,
 15 MEJÍA VALLEJO, Manuel. Ob. Cit. p
 16 BEDOYA, Luis Iván. Ob. Cit., p. 35
 17 Ibid p. 36
 18 MEJÍA VALLEJO, Manuel, ob. cit.

-Se necesita querer mucho a una persona para buscarla tanto —opina alguien.

-Tal vez odiarla mucho -Dudó otro. Y a mi pregunta respondían...

-A la feria de Tambo irán los mejores galleros -dijo alguien. Y cuando tuve la seguridad de que allí encontraría al que debía morir, con la yema de mi pulgar probé largo rato la punta de mi cuchillo.

-...Los mejores galleros.

Desde pequeño me despertaban los cantos de los gallos. Entre ellos crecí, ellos me fueron enseñando el camino del hombre. Mi madre les echaba maíz como si alimentara recuerdos»¹⁹.

Indudablemente la identificación imaginaria al padre es evidente. Se encuentra presente desde el comienzo, en un principio no parece hostil pero luego se vuelve violenta y ya no se sabe si esa identificación se sostiene en el odio o en el amor. En lo imaginario estas dos emociones son las caras de una misma moneda.

Relación imaginaria mantenida en el tiempo por el deseo de la madre, quien no dejaba de «alimentar el recuerdo» de aquel hombre que un día le dijo: «Mañana volveré. No hay uno igual». {...} «Pero que nunca regresó por su gallo. Nunca regresó por ella»²⁰. Esa madre que «Toda ella parecía irse al mirar por la ventana»²¹ donde ese hombre dejó sus espuelas, su Aguilán, la voz, y aquellos pasos de regreso que nunca escuchó. Esa madre que «lloró y cortó las espuelas y las clavó en la pared, junto a las del desconocido»²² cuando el «tiempo se arrastró, y Aguilán no atacó más su sombra, y se mellaron las espuelas, y perdió las plumas negras de su cola roja, y una mañana el pico amaneció clavado en el polvo». Aún así sostenía su esperanza. -Algún día vendrá por ellos»²³. Al referirse a otros gallos hijos de Aguilán que cantaron en los corrales que, al decir del hijo vengador «mi madre los crió empecinada»²⁴.

Deseo de una madre que sostiene a ese hombre quien, al decir de su hijo, «había dañado su destino, había dañado el mío»²⁵.

«De ahí en adelante la vida fue espuelas, crestas, picos, plumas. {...} Al verme adiestrándolos mi madre pronunciaba un '¡igual al otro!', Con vaivén de cabeza. Ignoro si se refería a mí o al gallo de turno»²⁶.

El gallo, instrumento de su venganza, metáfora de su metamorfosis «Sabía que alguien torció nuestro camino, que nosotros torcimos el de alguien, con o sin culpa», se reconoce la programación que deja la violencia vivida tempranamente que sella el círculo que la reproduce. «Porque yo estaba marcado como los gallos que nacen para matar o morir peleando, dice el forastero al reflexionar sobre su destino de hijo de gallero fugitivo»²⁷.

Él imaginaba su venganza con estas palabras: «... Espuelas, plumas, gallos... Auque entrecerraban los ojos, en el cielo sin fin que ellos formaban aparecían las espuelas del primer Aguilán clavadas en el muro junto a las del hombre que debería morir, y el alma de mi madre fija en ellas, en las rodajas dentadas...»²⁸.

Círculo reproductor de la violencia, alimentado por el deseo de vengar el dolor de su madre sentido. Lo indica su forma de recordarla: «sus ojos que se apagaban al hablar y una sonrisa dormida, hacia algo que ya no veía y trataba de ser olvidado definitivamente, recuerdo su bondad silenciosa, la aplicable manera de defender su soledad, su frente donde se arrugaba el pensamiento que la hizo sobrevivir a ese pasado fugaz que fue su único presente. Yo sufría desde niño»²⁹. Una vida habitada, primero, de la esperanza del retorno y, después, del encuentro. Ruido de la tormenta transformado en ruido de pasos de caballos, de espuelas en el corredor donde «Viento, lluvia, duendes caseros relámpagos en noches de tempestad. Nunca el desconocido. Ni él ni su mirada». Aterradora vivencia de la ausencia de un padre para una madre abandonada con su hijo. «Quizás la sombra de las espuelas» que siempre las soñó. «Espuelas de gallo rojo, espuelas con rodajas dentadas». Espuelas y botas se mezclan

19 Ibid. pp. 42-43

20 Ibid. p. 43

21 Ibid. p. 43

22 Ibid. p. 43

23 Ibid. p. 43

24 Ibid. p. 43

25 Ibid. p. 44

26 Ibid. p. 44

27 Ibid. p. 44

28 Ibid. p.

29 Ibid. p.

con los espolones del gallo de pelea siempre dispuesto a acabar con el otro. Transmisión de una tradición violenta en la marca que «desde pequeño oía en el brillo de la noche, firmes las patas niqueladas en las botas. Pasos sobre la tierra apisonada. Pasos sobre las piedras. Pasos sobre la madera del corredor. Pasos sobre los tablones de un cuarto con ventanas al camino»³⁰. Evocación del padre, alimentada por el dolor de una madre. Identificación transmitida en ese dolor. Él, niño quería probarse esas botas con espuelas. Ella responde: «Cuando crezcas, hijo», respondía con ese dolor noble que tienen los ojos de los perros heridos»³¹. El hijo vengativo, reflexiona: «Tal vez ella pensaba que eran espuelas para andanzas sin retorno. Únicamente pude calzarlas, dice después, cuando el tiempo de la venganza se hizo caminos. Uno de ellos me llevó a Tambo»³². Donde se encuentra con su padre, el Cojo Chútez, de quien al verlo, meditó: «Algo cojeó en mí al comprender que era el desconocido a quien busqué durante 12 años, a quien aguardó mi madre desde una ventana más honda cada día contra el camino sin pasos de regreso». Deja aquí ver Manuel Mejía Vallejo la fuerza vengativa del dolor no reparado, y continúa: Mis manos se volvían puño bajo el poncho. Todo en mí era venganza en acecho. Un sentimiento de odio total me sofocaba: odiaba al hombre, odiaba su voz, sus ademanes, su cojera, el zurriago nudoso, la atmósfera de que se rodeaba; odié las botas, el paso trunco, el pueblo que lo veía día y noche. Me odie a mí mismo por odiarlo, odié a mi madre por haber sido su víctima, y porque nunca dejó de esperarlo. Cojo y alto. Para encontrarlo, una vida entera»³³.



Un niño que frente al dolor de su madre tomó como destino la venganza, una madre en la que «se había vuelto gris su sonrisa triste. De tanto mirar por la ventana, de tanto mirar sus recuerdos, la mirada cayó». Juré de niño, declara, que «el día señalado nos veremos frente a frente, y morirá». Mientras amolaba despaciosamente espolones y cuchillo, creo «recordar el brillante sonar de las espuelas de mi padre sin figura»³⁵.

El forastero describe a otro de los personajes ligado al sufrimiento del abuso encarnado en la persona del sargento Mataya, Heraclio y el alcalde. Es el enterrador, de él dice «...le ardió la mirada. Le vi en los ojos otros odios tan grandes, que lo creí tuerto. Hasta su nariz en gancho se aferraba a una oscura intención. Hasta sus dientes incompletos. Podría ser peligroso como tantos a quienes la violencia ha obligado a ser doble, para vengarse...»³⁶.

El enterrador, padre de Daniel, que se entra en escena así: «Dos ojos asomaron por una hendidura horizontal del muro. El viento del páramo los fue enrojando, los hizo contraer hasta el dolor». Los ojos de Daniel contemplaban con una mirada fascinada a quien representaba al agresor que cuatro semanas antes había cortado, de un machetazo, la mano de su padre, y en la víspera, dispararon sobre su madre que cayó al suelo de tierra pisada y dijo dos o tres palabras que se murieron en la boca junto con la respiración que dejó de mecer los pechos magros. «Nunca la vieja barraca del Páramo había sentido avidez igual en una mirada de niño. Ni tanto terror ante ese caballo de sombra y viento»³⁷.

Se encuentra en estas escenas «un aspecto muy importante en el proceso de la violencia colombiana, el cual si bien hunde sus raíces en la historia social, política y económica, también tiene que ver con la psicología de unos hombres frente a la vida, entendida como reto a la fuerza, a la capacidad de violencia, a la religión de un coraje de sangre»³⁴.

Se lamenta el padre de no tener cuatro velas para alumbrar la muerte de una mujer sin historia. Hacía apenas un año atrás que él le había dicho: «Hay sitio en las tierras altas del Páramo», y recuerda que «los cuatro ojos viraron hacia la cordillera, con tanta esperanza que parecía sostenida por ellos». Esperanza, que se reforzó al construir la casa de

30 Ibid. p. 229

31 Ibid. p. 229

32 Ibid. p. 230

33 Ibid. p. 230

34 BEDOYA, Luis Iván, ob. cit., p. 39.

35 MEJÍA VALLEJO, Manuel, ob. cit., p. 45.

36 Ibid. p.

37 Ibid. p. 238.

barro y cañas cruzadas, al sembrar papas y hortalizas, al encauzar el agua para la poceta y organizar sus víveres entre viento y chamizas. Sin historia, apenas un año, tener que regresar a Tambo dejando el Páramo donde a la distancia otros ranchos ardían, sonaban los disparos, los caballos devientogalopando en el terror y el niño tiritando con sus diez dedos regados en la cara y viendo sobre la silueta de la cordillera, contra el cielo plomizo, los caballos de viento³⁸.

El golpe repetido de una piedra contra la tapa del cajón acompañaban las palabras del padre; Cuatro velas siquiera! Mientras «la piedra seguía clavando en la oscuridad de adentro. En ese cajón de tablonos yacía una voz que días antes hablaba: -Daniel, traiga leña para este fogón»... «Dentro había una voz muerta que días antes le daba pabilos de yuca, algunos huesos, cualquier sobra: -Toma Guardián», el perro, que ahora estiraba el hocico y daba vueltas al derredor del cajón. Los clavos clausuraban definitivamente aquella voz y «los diez dedos se apretaron más contra el rostro al oír que el hombre arrastraba el cajón hacia la puerta donde yacía «esa voz de mujer que se había apagado en el cuerpo rígido». Con una mano y su muñón se puso el fétetro al hombro, «El niño seguía contra la pared, bregando por atajar el grito. Sus manos crispadas formaban también parte del rostro. El hombre volvió su cuerpo, tallando la nuca en los bordes del cajón, para llamar, definitivamente:

- Andemos muchacho.

El niño se desprendió dolorosamente del rancho para seguir al hombre. Junto a él cojeaba el perro. Tres disparos de fusil vinieron desde la colina»³⁹.

El destino los encontró en Tambo: el uno, para vengar a su madre burlada y abandonada, el otro, acompañando con dolor de la ausencia de su madre, el deseo de venganza del enterrador, su padre.

Por ningún lado la función del padre ligada a la Ley, la culpa, y por consecuencia la cultura como forma de organización superior a lo social. Sólo si

pensamos que el padre se encuentra desdoblado en la novela de Manuel Mejía Vallejo, entre un padre feroz que se permite el goce de todo sin someterse él mismo a la prohibición que la Ley impone, como lo es la persona de Heracles Chútez o un padre que, movido por la venganza, sólo deja como salida la muerte del otro, su rival, representado en el enterrador. Sólo si esta división encuentra un tercer antagonista podremos pensar la figura del padre ligada a la cultura.

Las acciones del padre Barrios están claramente orientadas a lograr el triunfo de la razón sobre los comportamientos pulsionales violentos, que de no ser porque provienen de humanos, podría decirse que son de naturaleza instintiva. En el prólogo a la novela aquí comentada, Óscar Callazos dice que: «De allí surge el elemento civilizador contenido en la conducta del padre Barrios, que lleva al cultivo de la cultura a los diversos personajes del pueblo, en ocasiones otorgando el perdón, como lo hace con la prostituta Otilia, quien con su vergüenza denota el compromiso de su ser frente a las palabras y la presencia del padre Barrios, en otras ocasiones frente a Chútez y el Alcalde, a quienes quiere desnudar de su sentimiento de mezquindad del uno y de negligencia homicida en el otro. Trata de actuar sobre la conciencia de los personajes como también lo hace sobre lo estético al exigir la siembra de árboles. Su comportamiento es la vida misma. Pone a Otilia ante el espejo de su miseria, y ante la posibilidad de redención; pone a Chútez frente al espejo de su abyección; pone al sargento Mataya ante una realidad que no será modificada pero que da por aceptada la lógica del terror: se trata de matar o ser matado»⁴⁰.

Su misión evangelizadora se opone, de una manera radical, a la casi natural conducta violenta de los habitantes de Tambo, oponiéndole la justicia, no solo la divina, también echa mano de la humana, es una conciencia profundamente cristiana, un alma campesina que busca desde el sentido de la justicia introducir el sentido de la vida a esas criaturas afectadas por la violencia y la barbarie⁴¹.

³⁸ Ibid. p. 237.

³⁹ Ibid. p. 239.

⁴⁰ COLLAZOS, Oscar, (2000): El día señalado, La madurez del novelista. En: Mejía Vallejo, Manuel El día señalado, Editorial Biblioteca Pública Piloto, décima octava edición, Medellín, pág. 14.

⁴¹ Ibid 14.

El remordimiento del padre Barrios por el sinsonte que mató de niño, se opone básicamente a la cultura de las peleas de gallo representada en las espuelas, del gallo y del hombre, del primer Aguilán y Heracles Chútez, colgadas en la casa de la mamá del forastero vengador. Cultura de la violencia que somete a un pueblo a la «fatalidad y el terror» y a una madre a la burla. ... «Cuatro ojos se detuvieron en ella, dos se retiraron para ver las espuelas del hombre y de gallos clavadas en el muro.» ... «Espuelas, plumas, muerte, gallos... Aunque entrecerrados los ojos (mirando las estrellas), en el cielo sin fin que ellos formaban aparecían las espuelas del primer Aguilán clavadas en el muro junto a las del hombre que debería morir, y el alma de mi madre fija en ellas...»⁴².

Por otro lado, el padre Barrios, representante de la contraparte, no sólo de Heraclio y sus cómplices, a quienes con gran tacto y valentía confronta constantemente, sino también contraparte de la Iglesia y sus ministros comprometidos en la época con la violencia y sus agentes. Ese padre Barrios, quien llega al pueblo con un aliento moralizador y renovador frente a la descomposición de las instituciones y las personas que se hacen cargo de ellas. Tal como lo dice Luis Iván Bedoya y Augusto Escobar: «El padre Barrios es un desarmador de espíritus hipócritas como el de las mujeres notables del pueblo (esposa del alcalde, esposa del señor juez, etc.) y no ahorra esfuerzos en demostrar su entendimiento de la conducta humana»⁴³. Representa la fuerza regeneradora como cura del pueblo logrando «acaudillar con su bondad y su aliento humano la regeneración de muchos espíritus y el emprendimiento de obras para el bien común»⁴⁴, inscribiéndose de esta manera en la memoria del pueblo.

El padre Barrios ha fracasado en su espíritu moralizador con el sargento Heraclio, el alcalde y sus secuaces, pero no cesa de trabajar en pos de la moralización de las costumbres de las víctimas del pueblo. Acoge a Otilia, la prostituta ejemplar del pueblo, develando el aparato de mentiras que sostiene las apariencias de dignidad y bien en

Tambo. Luis Iván Bedoya dice de éste en su texto que Manuel Mejía Vallejo ha perfilado la figura del padre Barrios «en la exploración de su infancia y especialmente en la memoria de la imagen de su padre, en donde alanza un nivel de ternura y de frescura apenas comprable al aire infantil en ciertas obras del maestro Tomás Carrasquilla»⁴⁵.

La imagen del Padre Barrios cultivando la tierra y las almas de un pueblo que se suma a su trabajo, refleja esta otra versión del padre que remite inmediatamente a su infancia. Esta vez cargada de paz y tranquilidad. «Al oír las voces de los escolares, el sacerdote regresó a su niñez, «donde pasaba los fines de semana» para descansar de sus feligreses, de su edad, de sus complicaciones. Con tal fin había idealizado los más pueriles detalles de su infancia porque sólo el lejano pasado podría ser remedo anunciador del paraíso futuro»⁴⁶.

Una manera poética de enmarcar lo que será su novela familiar, esa construcción que ha hecho de un padre, de los vínculos allí establecidos, en definitiva, de los cimientos sobre los que se construye una historia.

Él dice «Contrarrestaba las horas claudicantes con el regreso a los primeros años. Y en cada una de las parroquias formaba coros infantiles...». «Era entonces su propia infancia la que entonces aquelllos villancicos de fresco retozo...» «Vamos envejeciendo hacia atrás cuando las cosas no envejecen con nosotros», decía, recordando a su padre. La sombra del padre oscilaba en el recuerdo, y la de su madre, en la faena doméstica. El olor de los rincones, y las matas de la huerta, y los tiestos florecidos en los pilares, y las voces de sus hermanos, y las palabras tan pegadas a la tierra como los retoños»⁴⁷.

Mientras el padre con sus feligreses cultiva las almas cultivando la tierra y reflexiona sobre su dulce infancia, se contraponen la imagen de don Heraclio y el de bigote ahumado que al salir de la cantina apagando espasmódicamente la risotada que traía, dice: «¿Están abriendo su sepultura?»⁴⁸.

42 Ibid, p

43 Ibid, p. 34.

44 Ibid, p. 95.

45 BEDOYA, Luis Iván, ob. cit. p.

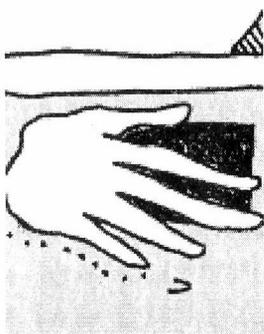
46 MEJÍA VALLEJO, Manuel,

ob. cit. p

47 Ibid, p. 71.

48 Ibid, p. 47.

La novela juega constantemente con la división del padre entre el que transmite la vida como un don divino o el que se ocupa de la muerte y el abuso negado del otro. El uno, el alfarero, quien al ser comparado con el Creador por crear a partir del barro, dice: «...Mala greda es la del hombre, padre Barrios. ¿Quién es capaz de manejarla?» Aquellas simples verdades junto al olor a tierra, evocan en el padre Barrios la voz labriega de su padre, quien también era un hombre simple, con simples verdades. «Sufrirán esos retoños de maíz», «pasarán las lluvias» o «el buen tiempo calentará las matas», decía éste mientras congregaba a sus hijos para que aprovecharan recibiendo las primeras gotas del chaparrón sobre la cara. Especie de ritual, que observaba la madre, mientras se decía o decía a su hija mayor: «los hombres...», e iba a sacar la única muda de la cómoda olorosa a membrillo⁴⁹.



Palabras del padre que transmitían valores por medio de «parábolas de ingenua filosofía...» ¿Ven aquellas ramazones? ¿Observan que son más hermosas las que se explayan? En esas ramas tendidas cantan los pájaros. Porque los pájaros no cantan en almas ambiciosas⁵⁰. No lo era para nada, era un labriego, comprometido él y su familia con la creación. «Tú ayudaste a sembrar el café», le decía a uno, y a otro «tú, Pablo, sembraste los colinos de plátano» y así les recordaba la pequeña contribución de cada uno con la creación hasta concluir que: «Es sabroso saber que a uno lo hicieron de tierra». Identidad en la creación con el alfarero y el labriego. Imágenes del padre creador de vida quienes al igual que Dios lo hicieron a partir de la tierra. «Su padre, nadie como él, dice el relator del papá del padre Barrios, tan hombre y tan de la tierra. Su mujer, sus hijos, su maizal, sus matas de café y cabuya, el perro, el macho, hacían de su mundo un mundo bueno⁵¹». Imagen familiar en que «la tarde se metía en el silencio impregnado de resina, convertido en música sin pretensiones como aquella vida al acecho de los primeros retoños»⁵².

Todo esto evocado en la casa del alfarero, donde se crean las condiciones para que el padre Barrios, respetado y respetuoso, posibilite a Otilia, la prostituta, salir de la segregación más brutal a la que había sido sometida, posibilitándole redimirse de sus faltas. Ella, Otilia, «se sienta, dice el alfarero, y amasa barro, por amasarlo o por formar una cabeza de niño»⁵³.

Estas imágenes se oponen en el texto a la que sigue inmediatamente después, que es la del otro padre, Chútez. Quien es buscado por su hijo desde hace doce años para matarlo.

El siguiente diálogo expresa la oposición marcada: «-¡Doce años! Ni gitano que fuera», dice la muchacha, quien se encuentra con el extranjero. ->Busco a un hombre». ->Debe quererlo mucho para buscarlo tanto». ->O aborrecerlo -Apreté el cuchillo- Lo voy a matar».

No le sonó esto, a la muchacha que pensó: «Harto de odios vivía Tambo para hablar de nuevos odios». [...] «La muerte venía en las espuelas del Aguilán, venía en mi cuchillo. La muerte de otros. La mía podría acercarse a una bala, en otro cuchillo»⁵⁴.

Conclusiones

El padre Barrios y el extranjero vengador, los dos con pasados distintos y opuestos, los dos llegan a Tambo como ocasión para mostrar que en la familia, ese nudo de afectos y devenir, se transmite lo que un padre y su vínculo a la madre importa en el destino de un sujeto, de la cultura. De allí depende, de la responsabilidad del sujeto frente a su posición.

La pregunta que se nos plantea sobre el padre en Antioquia la tratamos de responder a partir de la referencia a la teoría freudiana que reposa sobre el complejo de Edipo y la teoría de J. Lacan, centrada sobre la pregunta del padre con relación a un entorno cultural, que si bien cambia mucho,

49 Ibid. p. 89.

50 Ibid. p. 89.

51 Ibid. p. 90.

52 Ibid. p. 90.

53 Ibid. p. 90.

54 Ibid. p. 95.

para el caso pareciera estructurado por las mismas líneas de fuerza que hoy lo estructuran.

Se reconocen importantes cambios en el modelo de organización familiar. Según lo trabajado en la novela de Manuel Mejía Vallejo, pareciera que esos cambios no son responsables de la patología que se está viviendo en el lazo social. Pareciera que no son causas sino consecuencias de una organización social, que si bien tienen como modelo la familia, se extiende a un ámbito más amplio. Ya Freud mostraba «cómo la psicología colectiva le debe mucho a la organización del yo, que se construyó, para cada uno, a partir de su modelo familiar». En ese sentido hay comportamientos colectivos que se comparten, pero, por otro lado, tenemos que miembros de una misma familia o sujetos que viven acontecimientos similares en distintas familias se comportan de una manera diferente. Eso nos lleva a considerar, dice Bernard Nominé, «que la familia de que se trata no es una realidad social, es una realidad psíquica, es decir, es una formación esencialmente imaginaria y fantasmática».

Freud nos dice que cada uno construye su novela familiar, y es el modelo de esta novela la que cada uno transporta a su vida social, y es esto lo que la novela nos muestra de una manera ejemplar.

Bibliografía

- BEDOYA, Luis Iván y ESCOBAR, Augusto, (1981): La novela de la violencia en Colombia, El día señalado, de Manuel Mejía Vallejo, Lectura crítica, Editorial Hombre Nuevo Medellín.
- COLLAZOS, Óscar, (2000): El día señalado, La madurez del novelista, en: Mejía Vallejo, Manuel. El día señalado, Editorial Biblioteca Pública Piloto, Décima Octava Edición, Medellín.
- FREUD, Sigmund, (1976): Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico, Buenos Aires, Amorrortu editores.

ENTREVISTA CON PÉREZ, Rosa, (2008): Mediación en un conflicto de familia, mayo 25, Medellín.

LAPEYRE, Michel. El más allá del Edipo, en: TRAZOS, (1999): Lazo social y el síntoma. Vol. 2.

MEJÍA VALLEJO, Manuel, (2000): El día señalado, Medellín, Biblioteca Pública Piloto, Décima octava edición, enero.

NOMINÉ, Bernard, (2008): La angustia y el síntoma, Medellín, Editorial UPB.